

# *Introducción*

*Guadalupe Gómez-Ferrer Morant*

Actualmente nadie duda que el objeto de la historia es todo aquello que hace referencia a la persona humana, y por ello las investigaciones tratan de aproximarse no sólo a los temas ya clásicos de la política, la economía o los conflictos entre estados, culturas y civilizaciones, sino también a otros más novedosos, tales como los marcos en que se asientan los grupos humanos, sus esquemas mentales, sus formas de vida o los símbolos y representaciones que presiden su cotidianeidad y organizan su realidad. En este trabajo, historiadores e historiadoras han detectado o están detectando la parcialidad que supone construir una historia que se desentiende casi por completo de ese cincuenta por ciento de la humanidad que suponen las mujeres. Porque hasta ahora, la reconstrucción del pasado ha tenido un carácter limitado, ya que no ha considerado el quehacer de éstas, ni sus relaciones directas o indirectas —a través de un sistema de mediaciones—, con las instituciones establecidas. Tampoco ha contemplado las repercusiones que su relación con el otro sexo, es decir, con los hombres, han podido tener para orientar ciertas formas de comportamiento en la vida familiar y en los distintos marcos de sociabilidad. Prácticamente hasta hoy, el enfoque del proceso histórico ha tenido un carácter sesgado, al no considerar a las mujeres más que en la medida en que éstas desempeñaban papeles que normalmente eran atribuidos a los hombres. Esta realidad, obviamente, se advierte en los programas académicos y en los libros de texto, donde sólo excepcionalmente ha tenido cabida una referencia a éstas, entendidas

como un ente genérico, igual a sí mismo, sin tener en cuenta ni su historia ni el paso del tiempo. Una excepción cabe hacer, ya se ha dicho, la de aquellas mujeres que por su especial singularidad eran «como hombres».

Lo cierto es que las mujeres no han aparecido -hasta fechas recientes, digamos cuatro o cinco lustros- como sujeto y objeto de la historia. Las mujeres no han aparecido en la historia, pero también la historia se ha hurtado a las mujeres. «Invisibilidad de las mujeres», «Mujeres en la sombra» son, entre otras, expresiones ya clásicas, para indicar esta realidad.

Ahora bien, es sabido que en los últimos años se ha producido una revolución que afecta no sólo al mundo científico y al campo de la técnica y de la informática, sino también al mundo de las ciencias sociales y humanas. En éstas han aparecido nuevos horizontes y se han puesto de manifiesto de manera palpable las fronteras fluidas y permeables que limitan cada disciplina, y por ende, la necesidad de abordar los temas de una manera interdisciplinar. Gracias a esa colaboración científica, la presencia y la participación de las mujeres en el transcurrir del tiempo y en la evolución de la realidad ha adquirido la fuerza de la evidencia. El desarrollo de la antropología, con su especial atención al tema de la familia, tema en el que la mujer juega un papel fundamental; el desarrollo de la historia de las mentalidades cuyo sujeto no es el individuo, sino la colectividad; la afirmación de la historia de la vida privada que tiene que contar, obviamente, con las mujeres -**al** mismo tiempo pone de manifiesto la indefinida frontera entre lo privado y lo público- han contribuido decisivamente a requerir a aquellas como objeto y sujeto de conocimiento.

Pero junto a ello, es necesario subrayar que han sido las propias mujeres las que, al interesarse vivamente por su pasado, han recogido el reto que suponía llevarlas a lo que Michelle Perrot llamaría el «escenario de la historia», y se han planteado una serie de preguntas acerca de su identidad, de su quehacer, de su propia percepción, de su participación en los conflictos, de su contribución al cambio o a las permanencias.

En un principio, pues, son las mismas mujeres las que recogen el reto y se interesan por su propio pasado. Los trabajos hechos en este sentido tratan de sacar a la luz las aportaciones de las mujeres y de poner de manifiesto su presencia a lo largo de la historia; se trata,

fundamentalmente, de intentar poner fin, de acabar con su «IrVISIBILIDAD». Estos primeros estudios tienen, sin embargo, claras limitaciones, poseen un marcado carácter «positivista», se presentan como un añadido o una yuxtaposición a la historia conocida, y son estudios que no cuestionan los planteamientos teóricos y metodológicos existentes. A pesar de ello, la recepción de los mismos es difícil y se advierte una resistencia muy fuerte en el seno de la academia, que los considera, en el mejor de los casos, como trabajos que se ocupan de un terna menor.

Ello no es obstáculo, sin embargo, para que, desde sus comienzos, las investigaciones en torno a la historia de las mujeres se hayan constituido en una de las áreas de mayor empuje y de mayor dinamismo dentro de la historiografía internacional. Uno de los campos, me atrevería a señalar, que ha llevado y está llevando una constante revisión crítica de sus logros, al tiempo que se plantea la acuciante necesidad de un debate teórico que ya es objeto de encuentros y semanas.

De la misma manera que dentro de la historia social, en cuya área hay que incluir la historia de las mujeres o la historia de género, coexisten diversas tendencias, diversos enfoques y aun distintos esquemas interpretativos. La historia de las mujeres se ha ido construyendo, desde sus comienzos, a partir de diferentes presupuestos teóricos y metodológicos.

Descubrir la historia del sexo femenino, darle forma articulada en el contexto de la historia general —«académica»—, ha supuesto y supone -puesto que el camino está abierto y los logros todavía no son suficientemente satisfactorios—, un reto que no sólo significa una relectura de las fuentes, sino el establecimiento de nuevos modelos interpretativos y la formulación de nuevas categorías para el análisis histórico.

En los últimos años, tal vez en la última década, si bien no se ha logrado una plena legitimación académica, ni una aceptación sin reservas en los ámbitos universitarios, es evidente que se ha producido un cambio. Es evidente que hoy ya nadie puede marginarla dentro de un contexto científico. Otra cosa diferente, en cambio, es el grado de consideración que se preste a estos trabajos, investigaciones o programas de docencia.

Se ha recorrido ya un camino irreversible, y ello al menos por dos motivos. Uno ya ha quedado suficientemente explicitado y es de ca-

rácter científico; el otro tiene un carácter más vital, más relacionado con la vida misma, y me parece muy importante tenerlo en cuenta, precisamente en un momento en que se habla de crisis de la historia, de desconexión entre lo que hacemos o contarnos los historiadores e historiadoras y lo que interesa a la sociedad y, por supuesto, a los alumnos y alumnas. Me refiero a la presencia de las mujeres en los distintos ámbitos sociales, y a las repercusiones de todo orden que indudablemente ha originado su salida del mundo doméstico, su presencia en la vida pública y su conexión con las distintas instituciones. Todo esto ha suscitado el interés de la sociedad por un terna que apenas había llamado la atención hasta ahora: el de su quehacer, y el alcance de su comportamiento, actitudes, funciones en las formas de vida, en la economía, en la orientación del poder, en la vida de relación... Por otra parte, la creciente presencia de las mujeres en puestos docentes y académicos facilita sin duda el trabajo de reconstrucción, de entendimiento y de socialización de una realidad que había quedado en penumbra, por no decir en el olvido.

Tal vez, precisamente por esta doble motivación vital y científica, resulta explicable la fuerza y el impulso que ha tenido últimamente y tiene en la actualidad la historia de las mujeres, al menos en ese espacio que entendernos por Occidente, es decir, en Europa y en Estados Unidos. No soy persona indicada para referirme a otros ámbitos que desconozco, pero es indudable el impulso, la vitalidad que está adquiriendo también en el mundo iberoamericano y en algunos puntos del mundo islámico.

En Europa, desde los años sesenta se ha producido una eclosión de estudios sobre las mujeres, si bien sus orígenes hay que buscarlos en gran medida al margen del mundo académico y en constantes dificultades con él. Francia, Inglaterra e Italia son los primeros países en que arraigan estos estudios, y disponen desde el principio con revistas como *Penélope*, *Feminist Review*, *HistOly 11/orkshop* y *Memoria, rivista di historia delle donne*, que les ayudan en su tarea de investigación y en su deseo de facilitar la comunicación de sus trabajos. En Estados Unidos en 1973 se crean los Women's Studies que poseen actualmente más de 500 programas y en torno a 40 centros de estudio e investigación. También estas investigadoras pudieron contar desde el principio con el apoyo de revistas, de carácter interdisciplinar en muchos casos: *Signs*, *Feminist Studies* y *Women and History* fueron, tal vez, las de más prestigio.

Hoy ya nadie puede negar el valor científico de este campo de investigación, ni puede ignorar tampoco que es una de esas cuestiones cuyo conocimiento y comprensión nos puede ayudar a entender nuestra realidad. Muchos piensan todavía —y se expresan en un tono no exento de ironía— que es un terna de moda, atribuyendo a esta palabra el sentido más peyorativo. Creo que ciertamente es un terna de moda, en ello tal vez lleven razón, pero no en el tono despectivo en que envuelven la expresión. Parece seguro que su actualidad nace de una doble evidencia: el alcance que tiene para la comprensión del presente y el desconocimiento que se tiene de esta cuestión; parece también seguro que dejará profunda huella en la manera de hacer historia.

En fin, la índole de las cuestiones que analiza, el compromiso con la realidad vivida y la búsqueda del rigor científico en las investigaciones sin regatear esfuerzo —a veces, por qué ocultarlo, con una gran dosis de voluntarismo—, ha puesto de manifiesto la importancia del terna y la imposibilidad de soslayarlo en un marco que se interese por áreas de historia que hayan experimentado cambios sustantivos, o manifiesten un dinamismo que haya cristalizado en logros dignos de ser tenidos en cuenta. Es por esto, sin duda, por lo que *AYER*, en su designio de ser un vehículo de comunicación entre los historiadores, con el objetivo de difundir investigaciones que, por su temática, por su enfoque, por su metodología, o por el debate que suscitan resulten novedosos o presenten un nuevo estado de la cuestión, ha querido dedicar este número a un terna que, de alguna manera, participa de todos estos factores: me refiero, claro es, al volumen que he titulado después de muchas reflexiones: *Las relaciones de género*.

## 1. Sobre la Historia de las Mujeres y la historia de género

Sin perjuicio de que las lectoras y los lectores encuentren en algunas de las páginas que siguen una excelente aclaración del e incluso una cuidadosa y matizada reflexión de cada una de estas orientaciones o preferencias por parte de las investigadoras —ya que en su mayor parte son mujeres—, sí desearía referirme de manera muy breve no a las cuestiones de carácter teórico o metodológico, bien tratadas, insisto, en algunos artículos de este volumen, sino a la tra-

vectoria de esta parcela de 10 histórico porque ello, tal vez pueda ayudar a entender mejor las páginas que siguen.

El cuestionamiento por parte de las mujeres a la historia o a las ciencias sociales tiene su origen, en un principio, fuera del marco académico, en el contexto de los movimientos feministas que se iniciaron en los años sesenta. En España la aparición de los mismos es posterior, y hay que fecharla no tanto en la década de los sesenta como en los comienzos de los años setenta con motivo de la crisis del régimen franquista. Es, pues, bien entrada la segunda mitad del siglo XX cuando torna cuerpo y se organiza un movimiento que empieza a reflexionar seriamente acerca de las causas, de los factores, de las circunstancias que han provocado la consideración y la posición –un tanto subordinada y secundaria– que las mujeres han tenido en la realidad social de los distintos países y en las diversas áreas de conocimiento. Estas reflexiones, acompañadas en muchas ocasiones de rigurosos análisis, además de propiciar unos fundamentos de apoyo al movimiento feminista, incidirán en las ciencias sociales y humanas, introduciendo interrogantes y posibles elementos de ruptura epistemológica. Obviamente, la historia se verá afectada por estas reflexiones teóricas acerca de la situación de las mujeres, y tras una serie de tanteos aparecerá lo que se ha llamado *Nueva I-historia de la Mujer*. Su nacimiento tuvo lugar hace veinte o veinticinco años, coincidiendo con la renovación de los objetivos y la metodología que se estaba produciendo dentro de la nueva historia social. De una historia que ha ido transitando desde la puesta en escena de unos temas tratados de forma un tanto positivista hasta la reciente orientación hacia una historia de carácter sociocultural.

El objetivo inicial de la historia de las mujeres fue el de considerarlas como sujetos de historia y convertirlas en objeto de análisis. Los títulos de algunos libros: *Hidden from History*, *Becoming Visible*, *Presencia y Protagonismo...*, indican de forma explícita la intención de recuperar la trayectoria histórica femenina y de percibir a las mujeres como sujetos activos del proceso histórico. Desde esta perspectiva se desarrollaron numerosos estudios que tuvieron como eje central a las mujeres. Así, «la dimensión específica de la mujer se incorporará al análisis de los acontecimientos políticos, como la Revolución francesa, las guerras mundiales; de movimientos políticos y sociales, como el movimiento obrero, el sufragismo, la abolición de la esclavitud...; o de procesos de larga duración de cambio social o económico, como

la industrialización, el capitalismo, la modernización o la urbanización» (M. Nash).

Especialmente dos objetivos subyacían al conjunto de estudios que constituían la *Nueva historia de la Mujer*. Uno era el de restaurar a la mitad de la humanidad como sujeto-objeto del análisis histórico; el otro poner de manifiesto que la historia de las mujeres no podía ser asimilada sin más a la historia de los hombres: ellas tenían su pasado específico, ellas tenían su propia historia. Y por esta vía se comenzó a investigar acerca de la existencia de una cultura femenina, es decir, de las propias mujeres. Y se empezó a intuir también que, para el conocimiento de los fenómenos sociales y culturales, era necesaria la utilización de la categoría *Género* como una herramienta de imprescindible utilidad para el análisis conceptual, ya que el género es un elemento fundamental para comprender las relaciones sociales.

En todo caso, empezó a entenderse, de hecho, que la dinámica histórica debía de verse como el conjunto de experiencias de las mujeres y de los hombres. Estas consideraciones, que hoy pueden parecer bastante elementales, hace años, al poner de manifiesto que las mujeres habían tenido una trayectoria histórica propia, implicaron un cuestionamiento de la materia, que supuso tanto la introducción de nuevos criterios en la elección de temas a investigar como la búsqueda de nuevas fuentes documentales y el planteamiento de interrogantes históricos ciertamente innovadores. Otra de las corrientes que estuvo muy presente en los comienzos de la *Nueva Historia de la Mujer* fue la búsqueda de los mecanismos de poder en las relaciones entre los sexos.

Pero lo que había de común a todas las corrientes y a los diversos temas era la pretensión de que la historia abandonase su androcentrismo, es decir, su enfoque centrado exclusivamente en los hombres, en sus intereses, en sus experiencias. Este nuevo enfoque llevó a estudiar lo que ocurría en el ámbito privado, además de en el público, incidiendo en aspectos olvidados por la investigación histórica, tales como la familia, la maternidad, el trabajo doméstico, la socialización de los hijos, la representación femenina, lo simbólico, la amistad... y otros muchos aspectos de la experiencia de las mujeres.

En fin, el reto para el cambio procedía, en un primer momento, del mundo extraacadémico, pero incidió en él, coincidiendo precisamente con un momento de renovación y replanteamiento de nuestra disciplina.

Con frecuencia, incluso en ámbitos académicos y en medios de comunicación, al hablar de la Historia de las Mujeres o de la Historia de Género -aunque cada vez en menor medida, justo es reconocerlo-, surge el tópico de la necesidad de introducir una historia de los hombres, o la afirmación de que se trata de una especie de «desquite histórico» o de «merecido desahogo», que lleva en todo caso a las mismas incoherencias y defectos históricos que se rechazan desde estos supuestos. Creo que estos planteamientos parten de percepciones falsas. No creo, no creemos que la solución esté en hacer una historia de las mujeres y otra historia de los hombres. El pasado es uno, y lo que conviene, sin duda, es hacer una lectura del mismo que aprehenda con la mayor fidelidad posible los distintos procesos y situaciones históricas y los diversos esquemas y formas mentales de la humanidad.

Ahora bien, para ello tenemos y seguimos teniendo serias dificultades, ya que había y continúa habiendo muchos sectores de lo histórico insuficientemente conocidos. Y uno de ellos es, indudablemente, el papel que las mujeres han tenido en el pasado. Es sabido que cada generación escribe y reinterpreta la historia, ya que ésta es susceptible de muchas lecturas. Por ello es lógico que hoy -cuando la presencia de las mujeres en todos los ámbitos constituye uno de los principales cambios de este último tercio del siglo XX, «la mayor revolución del siglo XX», en palabras de Hobsbawm o del profesor García Pelayo- se deba hacer una lectura de la historia que tenga en cuenta no sólo el papel y la función que han tenido en ella -búsqueda que se corresponde con una primera etapa en la trayectoria de estos estudios-, sino que tenga en cuenta también la medida en que su actuación, su comportamiento, su función, o las extralimitaciones, resistencias o estrategias de soslayamiento de estos papeles que les han sido asignados han conformado el proceso histórico.

Ello exige, sin duda, nuevas categorías conceptuales y nueva lectura de las fuentes. Exige también contar con unas investigaciones previas que permitan elaborar con el mayor rigor una historia global, que no tenga una perspectiva androcéntrica. Una historia que contemple las aportaciones y las funciones de los hombres y de las mujeres -en la economía, en la familia, en la trasmisión de saberes..., así como las relaciones existentes entre ellos, derivadas normalmente de estas funciones: relaciones de dominación o de subordinación, relaciones con el poder u otras instituciones, estrategias



adoptadas por unas y por otros... En fin, el índice de cuestiones al respecto sería interminable.

La profundización en estos sectores ha tenido y tiene una gran incidencia en el desarrollo de esta nueva historia que incluye a las mujeres. En los últimos tres lustros han aparecido en nuestro país una serie de investigaciones, Congresos e Instituciones académicas relacionadas con el estudio y la historia de aquéllas, y el papel que han tenido en las diferentes situaciones o procesos históricos. Pero aparte de esta realidad, sobre la que luego volveré, también resulta innegable que siguen siendo escasísimos los autores y autoras que han variado sus puntos de vista en relación con la concepción global de la sociedad, y que, en consecuencia, aludan a diferencias de género o hayan incorporado a su bagaje historiográfico algunas de las obras significativas en este sentido, algo claramente habitual en la bibliografía anglosajona, italiana o francesa.

Creo que en los últimos años el camino recorrido por recuperar a las mujeres como sujetos de conocimiento histórico ha sido enorme, pero creo que persiste, sin embargo, una cierta confusión. El objetivo no es sólo conocer la vida de las mujeres, ya que sobre todo, y fundamentalmente de lo que se trata, es de construir la historia desde la perspectiva del género. Ello plantea problemas, ya que, en primer lugar, habrá que ver si lo masculino y lo femenino son categorías opuestas y, por tanto, sus quehaceres, sus sentimientos y sus manifestaciones tienen un carácter excluyente o, por el contrario, ambos, hombres y mujeres, forman parte de un conjunto social al que aportan sus propias especificidades -distintas en cada contexto histórico-; un conjunto social que modelarán con sus propias interrelaciones. Los partidarios de la primera línea se polarizan preferentemente sobre la cultura femenina y los hechos que afectan a las mujeres. La segunda línea se orienta no tanto al conocimiento de la participación de las mujeres en los acontecimientos, o en las funciones que se les han atribuido, como en un esfuerzo que permita allegar nuevas categorías conceptuales que eviten la yuxtaposición y permitan la integración de las mujeres en el proceso histórico, teniendo en cuenta los aspectos relacionales.

Si nuestro objetivo no es hacer una historia particular, tan sesgada por lo menos como la actual; si nuestro deseo es hacer una «historia renovadora, integradora y no sexista», lo que es urgente -además de estudios que iluminen y permitan conocer mejor la vida de

las mujeres que han sido y continúan siendo necesarios-, es dar un giro al estudio de nuestro propio pasado, echar otra mirada a la historia. Un buen camino para ello pasa, tal vez, por seleccionar unos temas de estudio en los que el factor género, la perspectiva de las mujeres aparezca como fácilmente operativa; temas como la historia de la familia, la Iglesia, el poder, los diferentes marcos de sociabilidad, la educación... pueden ser muy gratificantes.

Ahora bien, tal vez convenga recordar que en el intento que hoy tiene la historia de las mujeres de poner sobre el tapete los mecanismos de las relaciones sociales entre los sexos, y la aportación de ambos al proceso histórico, entendido, como el conjunto de las experiencias de mujeres y hombres, la utilización de la categoría *Género* ha sido y es fundamental. De este modo, la historia de las mujeres, sin abandonar las preocupaciones características de su enfoque temático e interpretativo de la centralidad de la mujer, se abre a unos horizontes nuevos y más ricos que le permite el estudio sistemático de las relaciones entre mujeres y hombres en todos los ámbitos de la vida pública y privada.

Los esfuerzos realizados por unir la historia de una mitad del género humano con la otra, han dado un paso crucial con la introducción de esa nueva categoría. Los lectores y las lectoras encontrarán en las páginas que siguen espléndidas conceptualizaciones y reflexiones sobre ello. No entraré, pues, en esto.

En fin, pienso que esta nueva manera de abordar el pasado obliga a una nueva lectura y reinterpretación de las fuentes clásicas, y también a la incorporación de otras nuevas; obliga, por supuesto, a una relectura de la historia. Se trata de buscar un nuevo enfoque que contemple la historia de las mujeres no como un sector o yuxtaposición más, sino que se trata de lograr una visión de la historia que tenga en cuenta las relaciones humanas en función del sexo, en los diversos ámbitos de la realidad social a lo largo del proceso histórico.

## **2. Un tema nuevo**

Creo que ha quedado clara la corta vida que tienen los estudios sobre la Historia de las mujeres en Occidente, y más aún en España. Ha quedado clara, también, la medida en que la inquietud por estos temas tuvo su origen en marcos extraacadémicos y en ambientes marcados por la inquietud política. Si a esto añadimos la novedad, en

## *Introducción*

cierto modo sospechosa, de un terna, en unos tiempos de nuevos horizontes culturales y políticos, tal vez resulte fácil de entender la resistencia que opuso y todavía oponen, dígase o no de manera explícita, el mundo de la academia y de los saberes institucionalizados a la aceptación de este área o a la mediatización de esta perspectiva para el entendimiento de la historia.

El asunto resulta todavía más comprensible si tenemos en cuenta que, en el hacerse de nuestra disciplina y cualesquiera que hayan sido las diferencias y orientaciones que hayan tenido los historiadores, sean ellos positivistas o historicistas, partidarios de la escuela de Anales o de la Nueva Historia, no han abordado en ningún caso el estudio del desarrollo de las «sociedades y economías» como un conjunto compuesto de seres humanos de distinto sexo, sino que la han entendido como sinónimo de hombres «varones». y tampoco la historiografía marxista, a pesar de la importancia que ha tenido en el pensamiento socialista la subordinación de las mujeres desde Fourier hasta August Bebel, pasando obviamente por Engels, ha conseguido integrar a las mujeres en su análisis de los procesos históricos. Esto ha sido así y, como es lógico, ha tenido consecuencias.

En fin, por una parte, su origen, su procedencia del seno de los movimientos de mujeres de carácter «feminista» -con todas las reservas que este término remueve-, y por otra, la trayectoria señalada de la disciplina, explica suficientemente la suspicacia, la resistencia e incluso la hostilidad de muchos sectores universitarios y hasta de amplios sectores sociales.

El hecho de que en su andadura, lo que en un principio se llamó Nueva Historia de la Mujer se haya visto un tanto apartada de los ámbitos académicos: congresos, reuniones científicas, etc., ha tenido -también el lector y la lectora encontrarán sobre este terna más precisas explicaciones en este número- una doble vertiente. Se ha visto en parte libre de los lastres y las inercias que tenía la historia establecida, fuera ésta de la tendencia que fuera, y se ha beneficiado de los logros de un debate histórico en el que las investigadoras, mujeres fundamentalmente, estaban presentes como profesionales en un debate que, con sus aportaciones, han venido a enriquecer y a potenciar.

Los trabajos y las investigaciones, en una palabra, la historia que se está haciendo desde la perspectiva de las mujeres, cuestiona unos planteamientos historiográficos -que al margen de su orientación

ideológica, tienen en común un gigantesco error: abordar el pasado de la humanidad ignorando la presencia y el significado de la mitad de la misma—, y aporta los nuevos enfoques, teorías y metodologías de la historia feminista a las corrientes debatidas en el seno de la historia social, que actualmente se orienta hacia una historia cultural o hacia una historia de la civilización, mucho más adecuada para recoger la historia de las mujeres.

### 3. Los logros y las limitaciones

Los logros han sido buenos. El camino recorrido ha sido mucho, en escaso tiempo, pero si hablamos con sinceridad, debemos decir que aspiramos a mejores resultados. Se está trabajando con rigor, pero se partió de muy poco; y por supuesto, como ocurre en otros sectores de la historia, los resultados pueden mejorarse. Ahora bien, haciendo un recuento de lo que estimamos positivo en nuestro corto camino, seguramente lo primero que haya que señalar es la urgencia que sentimos de ahondar y de reflexionar en aspectos teóricos y metodológicos.

En segundo lugar, tal vez se puede ya hablar, en medio de todos los entrecomillados que se quiera, y con todas las matizaciones que se desee, del comienzo de la aceptación social y académica de nuestra área de trabajo. Aunque personalmente no soy amiga de los futuribles, partamos de una ficción: si hace diez años hubiera existido la Asociación de Historia Contemporánea, y se publicara *AYER*, ¿puede pensarse que junto a temas como «La huelga», «La violencia», «La transición» o «Las Cortes de Cádiz» se hubiera dedicado un número monográfico a un terna que hiciera referencia a las mujeres como sujeto y objeto del conocimiento histórico? Sinceramente creo que no. Sí es cierto que ya en 1974 se introdujo dentro de la programación académica un curso sobre «Historia social de la Mujer» (Universidad de Barcelona), pero pienso que éste no es más que un caso aislado que confirma la regla. Las escasas investigaciones, lo novedoso del tema y otra serie de razones ya apuntadas, unido a la rigidez de los planes de estudio, contribuyeron a marginar de la programación universitaria cualquier asignatura que hiciera referencia directa a las mujeres. Pero tal vez esto constituyó un acicate, tanto desde el punto de vista científico: había que trabajar bien; como desde una perspectiva vital: había que encontrar el espacio académico. A partir de en-

tonces el proceso de cambio se puso en marcha, y creo que resulta evidente que en los últimos años han aparecido en nuestro país una serie de investigaciones, congresos, cursos de verano, publicaciones e instituciones académicas relacionadas directamente con la historia de las mujeres, con las investigaciones feministas o con la historia de género... Gracias a ello, este área de conocimiento cuenta con una cierta infraestructura, unas investigaciones que se multiplican y una docencia en marcha.

Sin embargo, es de todos sabido que en España el grado de institucionalización al respecto es muy inferior al de otros países de Europa y, por supuesto, al de Estados Unidos. Es cierto que en los últimos lustros los estudios se han multiplicado, y los proyectos de investigación tienen a menudo un carácter interdisciplinar que afecta a la filosofía, el arte, la literatura, la historia del pensamiento, la medicina, la ciencia política o la economía... Pero, sin embargo, la fuerza de la inercia juega un papel muy fuerte. En efecto, un ejemplo puede ser clarificador: existen en la actualidad numerosos centros de estudio cuyo eje de investigación es la vida de las mujeres, que se encuentran en relación de dependencia con distintas universidades. Pues bien, a pesar del haber científico que les avala, les resulta más difícil a estos centros que a otros semejantes -pero de distinta temática-, encontrar el reconocimiento de las altas instancias para convertirse en Institutos universitarios.

Por otra parte, sería injusto negar que se está produciendo un cambio de actitud hacia este campo de trabajo. Ello ha permitido, con ocasión de los nuevos planes de estudio -puestos en marcha en la Universidad española en los cursos 1993-1994 ó 1994-1995-, incluir alguna asignatura de esta índole en la programación. En los nuevos planes de estudio de las enseñanzas medias (ESO) sí se ha puesto de manifiesto cierta sensibilidad al tema, en disciplinas de carácter transversal. Pero pienso que, para que el proyecto llegue a buen fin, necesitará una orientación rigurosa y adecuada a los objetivos que se propone. Deberá llevarse a cabo el trabajo en una doble dirección: el desmantelamiento de lo viejo: imágenes, estereotipos, ausencias, yuxtaposiciones..., y también, cómo no, la construcción de nuevos modelos.

En suma, el camino es incitante. Misión del historiador es mantener viva la memoria de un pueblo, de lo contrario los resultados pueden ser insospechados; pues bien, las mujeres no tenían pasado,

carecían de memoria histórica, y hoy se está trabajando por recuperarla; unas veces con mayor rigor, otras con resultados menos satisfactorios como ocurre siempre y en todo. Pero, insisto una vez más, hay motivos de satisfacción, hay trabajo por delante, y hay voluntad de hacerlo porque se enraíza en un doble compromiso: uno de carácter científico, otro de índole personal.

Huelga afirmar después de lo dicho que el terna de las mujeres es un terna que tiene un carácter interdisciplinar, ya que se puede abordar desde múltiples perspectivas. Pero evidentemente es un terna de historia, un gran terna rico y complejo. Por ello, es obvio que el conjunto de artículos que componen este número no pretende dar una visión completa del mismo. Se ha intentado, simplemente, cubrir uno de los objetivos de *AYER*, que, como señalé al principio, se propone dar cuenta de ternas sólidas que tengan interés científico y atiendan unas demandas compartidas por profesionales.

Por todo ello, al encargarme de la coordinación de este volumen, no ha sido mi intención ofrecer un conjunto sistemático de los distintos aspectos de la *Historia de las mujeres* o de la *Historia de Género*. Mi deseo ha sido señalar algunos problemas que plantea el escribir la historia desde una perspectiva no sexista; el escribir una historia que tenga en cuenta también a las mujeres. Hace unas décadas se hacía una historia política que se preocupaba fundamentalmente de fechas, datos y grandes personajes o acontecimientos, sin tener en cuenta la realidad económica, social o cultural en que aquella se encuadraba y que, por supuesto, la condicionaba. Pues bien, en cierto modo y de manera análoga, casi hasta hoy, se ha venido haciendo una historia que ha olvidado a las mujeres. Por ello ha habido que hacer una serie de estudios sobre ellas, con el fin de intentar construir una nueva historia más global, más rica, menos sesgada; una historia que tenga en cuenta las vidas y la relación de los hombres y de las mujeres. Y esto es lo que a través de este conjunto de artículos de diversa índole, de diferente orientación y de ternas distintos se ha intentado poner de manifiesto.

No se ha pretendido en este número de *AYER*, insisto, ofrecer un conjunto ordenado de los diversos aspectos con los que las investigaciones hechas desde la perspectiva feminista pueden facilitar la tarea que permita una relectura de la historia; tampoco dar cuenta de las distintas orientaciones y puntos de enfoque surgidos dentro de este área de investigación que hoy se aborda desde diferentes disciplinas.

Ni siquiera se ha pretendido centrarlo, exclusivamente, en los supuestos teóricos y metodológicos en que se asientan estas investigaciones, cosa que, tal vez, hubiera sido una excelente opción. He creído que, en esta ocasión, era preferible presentar un número heterogéneo, que llamara la atención sobre un tema que ha encontrado, como ya he repetido, numerosas dificultades en el mundo académico y no ha recibido, todavía, a mi entender, el respaldo debido, a pesar de contar ya con una seria y rigurosa trayectoria. No voy a extenderme en la ponderación de los diversos artículos, los lectores y las lectoras tendrán ocasión de hacerlo.

Sí desearía, sin embargo, llamar la atención sobre los temas que se abordan. Un par de artículos hacen referencia al estado actual de la cuestión, a las «experiencias» y a las «estrategias» que ha seguido la historiografía feminista, que aparece situada en el contexto general de la historiografía, al tiempo que se señala lo que de específico puede aportar aquella a esta última; las distintas trayectorias seguidas en diversos países cuentan, para el caso francés, con una excelente reflexión acerca de los problemas y debates surgidos en la génesis y la recepción de la *Historia de las Mujeres* dirigida por Duby y Perrot (Isabel Morant, Michelle Perrot). El tercer artículo busca establecer la relación entre género y clase (María Dolores Ramos). El cuarto plantea la exclusión y la marginación de que han sido objeto las mujeres en el pensamiento liberal y en la construcción de este Estado (Gloria Nielfa). El siguiente artículo analiza a partir de unos presupuestos teóricos la diferente relación que puede haber entre feminismo y nacionalismo; y, a partir de un contexto europeo, se centra en las peculiaridades que, a este respecto, ofrece el nacionalismo catalán y el nacionalismo vasco (Mercedes Ugalde). El sexto trabajo estudia otro caso concreto, aunque de tema diferente: la incidencia que la aparición de una mujer «nueva», con otras coordenadas mentales, ha tenido en el proceso de cambio social de la España de entreguerras (Pilar Folguera). Finalmente, un último artículo se refiere al papel que jugó una determinada corriente de pensamiento religioso «minoritaria y progresista» durante la época Franco en la toma de conciencia por parte de las mujeres de una nueva identidad (Teresa Rodríguez de Lecea).

En fin, siete artículos de carácter heterogéneo y mi propia introducción, que tienden a dar cuenta del extraordinario dinamismo y de

las grandes posibilidades de un tema insuficientemente explorado; también de sus limitaciones en la actualidad...

Un conjunto de profesoras universitarias han colaborado para que este número fuese posible. A todas ellas mi agradecimiento, y me atrevo también a anticipar el de buena parte de los lectores y lectoras, por la oportunidad que les han brindado de adentrarse en un camino poco conocido y ciertamente sugestivo y sugerente.